

UN DÍA COMO HOY

Beatriz Malo



UN DÍA COMO HOY

BEATRIZ MALO

Capítulo 1

UN DÍA COMO HOY.

Beatriz Malo.

Supongo que César pidió por mí. Al otro lado de la ventana la gente caminaba de un lado para otro. Algunos sin prisa, otros apurados. La mayoría inmersos en alguno de los aparatos electrónicos que marcaban la vida de cualquier ciudad. La gran ciudad, suspiré. Tantos años deseando estar aquí.

Al volverme teníamos dos cafés sobre la mesa y una porción de tarta de manzana cada uno. Sostuve la taza entre mis manos. Me gustaba sentir el calor a través de la porcelana, en ese momento en que el café aún permanecía intacto. Sin leche, sin azúcar.

- Mi hija celebra su cumpleaños la semana que viene – me recordó –. Quiere que la acompañes a buscar un vestido.

- Que me llame. Dile que este sábado estoy libre.

- Podrías llamarla tú, le haría ilusión.

Asentí, sin dejar que me interrumpiera en mi ritual matutino. Probé un trozo de la tarta. Era la oferta en el Café San Justino en los desayunos de los jueves. Un jueves había sido el día que conocí a César en el descansillo de la escalera. En octubre, un par de meses después de mudarme a mi nuevo piso. Fue el primero de los muchos que desayunamos a las ocho y media en San Justino. Aquel día respondí a la sonrisa y a la oferta del camarero con un gesto de disgusto, contando mentalmente el dinero suelto que llevaba en el monedero. Ahora ya nos conoce, y alguna vez me lo recuerda. Nadie le había puesto mala cara ante aquella deliciosa tarta de manzana, tradición por parte materna, aseguraba orgulloso, receta de un pueblecito de la sierra que no nos iba a revelar.

Conocía a la perfección aquella textura suave, dulce, picante algunas veces, cuando ponían demasiada nuez moscada entre la canela, adornando los valles de miel que surcaban la manzana. El primer trozo era siempre el extremo interior, el más esponjoso, cortado con el borde curvo del tenedor. Sólo entonces procedía a preparar el café. Un par de terrones

de azúcar moreno, y agitarlo delicadamente con la cucharilla. Siempre alternaba la tarta y el café. Nunca los mezclaba. Sólo al final me gustaba mojar el borde de galleta, cuando el café se había quedado un poco templado.

El primer día había sido un día como aquél. Las expectativas fueron muy diferentes. César siguió hablándome del regalo de cumpleaños que quería regalarle a su hija. Hasta que terminó el café y se quedó mirando, distraído, hacia la calle. Terminé de beber el mío en silencio y volví a colocar la taza en el plato.

Sostuve la taza de cerámica, aún caliente, perdida en la ventana ligeramente empañada por los bordes. El golpeteo de la lluvia se mezclaba con la música del local. La dueña siempre ponía de fondo canciones de amor, apenas audibles.

- ¿Pagamos?

- Déjame que te invite.

- ¿Por qué?

Aquella sugerencia me desconcertó. Él pagando una cuenta ajena era algo inusual. Sólo lo hizo el primer día. Empecé a sospechar que tramase cualquier cosa que me cambiara los planes de ese día. En realidad, sólo quería mantener mi rutina.

Habían pasado ya cinco meses de aquella mañana tan fría de otoño, en la que la luz del edificio se había ido en el momento más inoportuno. Entre la luz de las velas me dejé guiar por la costumbre ante el espejo. Incluso la barra de labios estaba fría aquel día. Quise desayunar al menos un café caliente. Estaba destemplada y me dolía la cabeza. Había salido de prisa, enfadada, repasando todos los puntos del seminario en el que presentaba mi proyecto de tesis esa mañana. Pensé desayunar en la facultad.

La invitación de César a su vecina desconocida del segundo fue un impulso de optimismo que me llevó al bar de enfrente de casa. Una pizca de ilusión. Supongo que fue al escuchar su nombre en la penumbra del portal, el imaginarme una alternativa a ese día espantoso. También llovía.

- Quería agradecerte por estar aguantando a mi hija. Sé que a veces es insoportable.

- Es buena niña.

- Contigo.

Me encogí de hombros y me levanté para ponerme el abrigo. Yo me fui primero. Pagó él. No creo que César tardara mucho en irse. Un frío cortante y el viento cargado de agua me salpicó en la cara hasta mojarme entera en los escasos segundos que tardé en abrir el paraguas. En verano, días como aquél me resultaban inconcebibles a cuarenta grados a la sombra y con una factura de luz proporcional a las horas de aire acondicionado. Y encima este sábado tengo que acompañar a la niña de compras, maldije. Tenía que convencerla para llevarla a algún centro comercial, o rezar para que ese día saliera el sol. Dudaba que mi segunda opción fuera efectiva. La llamaría luego, después de comer, seguro que así cedería en lo que yo le dijera. Siempre me había dicho que tenía buen ojo para las tiendas.

La eterna lluvia no cesó en todo el día, ni en toda la noche. El viernes estuve todo el día en casa. De vez en cuando escuchaba el sonido del microondas en el piso de abajo, pasos, la cisterna y el grifo de la cocina. Al menos tenía la certeza de que estaba allí. A veces, con el móvil de la mano, buscaba su número pensando en llamarle o mandarle un mensaje. Mejor no. Quizá había esperado demasiado buscando una oportunidad. Me preguntaba para qué. Ya en la cama recibí un mensaje. Era de Claudia, su hija. "Hasta mañana vecinita, subo a buscarte".

El sábado, aún entre el calor de mis sábanas y bajo un plumas que me había salvado de los inviernos más fríos, tenía la certeza de que al otro lado de la cortina, de la ventana y de la persiana se estaba gestando el diluvio universal. Si era así, me consolaba que algún día dejaría de llover. Me di la vuelta hundiéndome en la almohada. Aún olía al suavizante de vainilla. Y a incienso. Ligeramente. Habría caído un poco de las varitas que ponía algunas tardes en la habitación.

Me levanté a regañadientes y encendí la luz después de haber buscado a tientas la manta y haberme envuelto en ella. Me fui al salón a desayunar y con la tele de fondo comí un poco de leche con cereales. Los diálogos se convirtieron con la primera cucharada en una mezcla de sonidos crujientes en los que únicamente distinguí mis pensamientos. Desde el jueves no veía a César. Estaba incómoda, molesta, decepcionada. Todo lo que hacía parecía darle igual, cuando yo estaba haciendo tanto por él y por su hija. Qué me importa a mí ese hombre y esa niña consentida. A las nueve en punto sonó el timbre. Claudia, una chica morena y de ojos marrones, y a punto de cumplir quince años. La hija de César. "La niña", como siempre nos referíamos a ella. La madre debe de ser guapa. Siempre lo había pensado. Las veces que él me había hablado de ella había sido para concluir en una situación ambigua. Me preguntaba qué les habría pasado.

- Se nos va hacer tarde – me urgió al verme todavía con los restos del desayuno encima de la mesa y envuelta en la manta –. Vamos, te ayudo a

recoger.

A las diez menos cuarto estaba terminando de ponerme el abrigo delante del espejo de la entrada. Se me había olvidado la colonia. Fui en un momento al baño y me sumergí en dos pequeñas nubes de colonia de coco. Lista. Los pendientes. Corrí de nuevo a la habitación y me puse los que había dejado en la mesilla la noche anterior. Ahora sí.

- Y no se te olvide el paraguas – me recordó Claudia –, el mío es pequeño.

Esos días era un complemento imprescindible. Le pedí un momento para pasar al baño. La última visita de rigor antes de una mañana de compras.

- Vamos, me estoy asfixiando – me llamaba desde el otro lado de la puerta.

- Pues no haberte puesto el abrigo.

- Claro – se quejó –, aquí la señora necesita media vida para arreglarse y siempre le falta algo.

Antes de salir me di un último toque de laca. Ese día, como otros muchos, me dejó un aroma extraño mezclado con la colonia que me había puesto. No importa, pensé. Sólo quería regresar cuanto antes a la comodidad de mi casa, al sofá y al calor de la calefacción.

Una vez en el centro comercial le agradecí en silencio a la niña el haberme sacado de casa. El tacto de ropa nueva, el olor de los ambientadores únicos que distinguían aquellos santuarios, para mí los únicos que me permitían olvidarme de todo lo que sucedía al otro lado de las puertas. Un par de horas en una tienda era la mejor terapia para curar cualquier problema. Tan solo la compañía de esa mañana me recordaba mi obsesión continua.

Yo también me probé vestidos, camisas, pantalones, zapatos, de todo. Me veía maravillosa en la imagen que reflejaba el espejo de mí, con ropa nueva, aún con la etiqueta del precio picándome en la espalda, en un lateral o en la nuca, según la prenda. A veces en varios sitios a la vez si era un conjunto entero. Esa imagen que veía no era como me llevaba viendo en los últimos meses. ¿Qué me ha pasado?

Me miré de nuevo al espejo al ponerme mi jersey. La colonia de coco me había llegado tan clara como en el momento en que me la eché. Antes de conocer a César ya la usaba, pero tomó un matiz diferente cuando me dijo que le gustaba ese olor. Uno de aquellos jueves, antes de Navidades. No puedo seguir así, suspiré. Me quité los pantalones y me puse otros que había dejado para el final. Eran vaqueros. Había comprobado muchas

veces que los vaqueros eran fríos en invierno, pero seguía usándolos.

Aquellos pantalones me quedaban bien. Muy bien. Eran un poco caros, pero había traído suficiente dinero, por si acaso. Me pasé de nuevo las manos por los muslos y me ajusté la cintura y los bolsillos aunque estaban perfectos. Me gustaba tocar la tela de la ropa cuando la tenía puesta, en ese momento en que todavía no era mía, pero ya la había elegido para mí. Como los jueves y la taza de porcelana del café de San Justino. No puedo seguir así, me repetí.

Claudia se coló de repente en mi probador. Esperó en silencio a que le diera mi aprobación al vestido azul marino y los zapatos beige de tacón.

- No me convence el color. Los zapatos no están mal. Además, el vestido parece que te queda un poco pequeño.

- No – aseguró –, mira.

Tiró un poco de la cintura para que viera que le quedaba holgado. Al darse la vuelta y mirarse por enésima vez en el espejo me di cuenta que le gustaba mucho.

- Si a ti te gusta... – sabía que no la iba a hacer cambiar de opinión –. ¿Cuánto vale?

- Eso da igual. Mi padre ha dicho que me compre lo que quiera.

Asentí, queriendo dar por terminada esa sesión de compras. Claudia me ofrecía esa pizca de seguridad que en su padre era tan volátil. Me molestó el simple hecho de mencionarle, en ese momento en que estaba pensando en él. Como siempre, reconocí.

- Y a ti qué te pasa que estás mustia.

- Nada, vete a cambiar. Estoy cansada.

- ¿Entonces qué?

- Cógetelo.

- ¿Segura? ¿Los zapatos también?

- Sí.

- ¿Tú te vas a llevar esos pantalones? – me señaló.

- Sí.

- Me encantan. Por cierto, pasamos por mi casa nada más llegar. Es caro – me susurró al final –. Si estás tú delante seguro que mi padre no se enfada tanto.

Se fue a cambiar. Yo dudaba que mi presencia evitara una riña entre los dos. Lo único que haría sería aplazar el momento de advertirle del presupuesto máximo de su siguiente compra. De repente, la idea de Claudia me resultó atractiva. Al menos podría saludar a César ese día.

Nos fuimos.

Cuando abrió la puerta de su casa nos recibió el calor y un olor a mediodía desde la cocina.

- Papá – levantó la voz –, ya hemos llegado.

Dejé a Claudia que llevara los paraguas al baño y las bolsas a la habitación. César salió de la cocina, supongo que atendiendo a ese plural inesperado. Me miró con sorpresa. Yo le saludé y él me contestó.

- Estoy haciendo arroz – explicó –, ¿la niña te ha dicho que te quedas a comer?

- Ni siquiera me lo había preguntado.

- Creo que he hecho demasiado para dos.

Entendí aquello como una invitación. No estaba segura si en su lenguaje significaba lo mismo. Me quité el abrigo y le seguí hasta la cocina. Me acerqué a la ventana y la abrí un poco. El sonido de la campana extractora me hizo vagar por la cocina mientras él estaba pendiente de que no se le agarrara el arroz. Olía muy bien. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta ese momento. Sin decirle nada saqué tres platos y los empecé a colocar en la mesa. Cuando estaba sacando los vasos se giró.

- Deja que lo haga la niña. Hoy comemos en el salón.

- ¿Estamos celebrando algo?

Él negó en silencio. Sonreí dejando todo como estaba y me acerqué hasta el radiador. Aún tenía un poco de frío. Supongo que no advirtió mi toque de ironía. Le observé apagar el fuego, la campana, y con ello, la luz que había dado algo de claridad a aquella cocina con vistas a un patio interior. La brisa fría que entraba por la rendija de la ventana compensaba el ambiente cargado de vapor de agua. La cerré, estaba empezando a entrar

la lluvia.

Hoy no va a ser diferente, suspiré. Siempre había algo que me empujaba fuera de aquella familia, que después de buscarla, evitaba cualquier tipo de conversación más íntima cuando le tenía delante. Él ya tiene su vida. Tenía la certeza cuando miraba a Claudia, y sobre todo de mi temor hacia la madre de su hija. Había intuido muchas veces que él anhelaba algo que no había encontrado en mí. Para qué tantos jueves. No lograba entender por qué César había acudido a San Justino cada semana. Simplemente estábamos bien allí. Para él aquello debió ser razón suficiente. Y que su hija tuviera alguien que se preocupara por ella. Eso me lo había dicho él alguna vez.

Me lo recordó cuando dio por terminada la comida y me agradeció de nuevo que la hubiera acompañado esa mañana.

- No te asustes si ves las etiquetas – le advertí.

Pensé que me realizaría un interrogatorio de las cifras y los decimales que aparecían en el ticket. En vez de eso se rió y se acercó a mi lado en el radiador.

- Me has quitado el sitio – me susurró.

- Aquí no ponía tu nombre.

Sonrió. Me dio un par de golpecitos con su hombro sobre el mío, jugando conmigo como le había visto hacer algunas veces con su hija. El tacto de su mano en mi espalda, suave, cálido, me convenció que él no estaría para mí únicamente los jueves a las ocho y media en San Justino.